



La Cleopatra de Hollywood. Elisabeth Taylor inmortalizó a la célebre reina egipcia para la gran pantalla

(**Walter Wasercier**, 07/11/2018) Aunque en mi trabajo como guía oficial visité casi semanalmente la ciudad de Jericó, recuerdo con cariño la primera vez que visité este oasis en el año 1971 de la mano del primer guía que tuve en Israel cuyo nombre era Hanoch y que por aquel entonces estudiaba arqueología en la Universidad de Tel Aviv.

Éramos un grupo de voluntarios residiendo en un kibutz del centro del país quienes recibíamos a cambio de nuestra labor en los campos, viajes guiados por el país, un curso de hebreo para principiantes y por supuesto techo y comida.

Recuerdo que cuando se nos anunció que el siguiente viaje sería a Jericó, vinieron a mi mente muchos de los episodios bíblicos que recordaba de mis lecturas de la Biblia junto con alguna información puntual y aislada sobre la que era considerada la ciudad más antigua del mundo.



Jericó

Previo a nuestro viaje, Hanoch se encargó de situarnos geográficamente. Así nos comentó que Jericó, cuyo nombre posiblemente descienda de la palabra hebrea *Yereh* o *Yareha*, es decir **lu**
na

, también era conocida con el nombre de *ciudad de las Palmeras*

(Deuteronomio 34: 3). Que estaba ubicada a 8 kilómetros al este del río Jordán, 12 kilómetros del Mar Muerto, 25 kilómetros de Jerusalén y situada a una altura de 250 metros por debajo del nivel del mar.

También de manera cronológica nos habló sobre los personajes y eventos recogidos en el

Antiguo Testamento en los que figuraba la ciudad de Jericó y así recordamos a Elías el profeta, a los hijos de los profetas quienes residieron en dicha ciudad y por supuesto a Eliseo, quien según la tradición saneó la fuente de agua dulce que hasta hoy en día riega los huertos de la moderna Jericó.

Destacó, como no podía ser de otra manera, el episodio narrado en Josué 6, cuando la ciudad es visitada por espías y posteriormente tomada por Josué con la singular ayuda de los precursores de la sección de viento de la Orquesta Sinfónica de Israel...

Con esta información básica partimos vía el desierto de Judea hacia Jericó.

Tengo que confesar que me llevé una gran sorpresa y, aunque la imagen que tenía de la palabra *oasis* no cuadraba totalmente con lo que veían mis ojos, me di cuenta rápidamente de que sí lo era y de que las palmeras que secundaban nuestra entrada a la ciudad eran desde luego espectaculares.

Debo admitir sin embargo, que los restos de las excavaciones arqueológicas de la antigua ciudad -el imponente monasterio de Las Tentaciones tallado en la roca frente al TEL EL SULTAN e incluso la propia vista del oasis desde lo alto del TEL- no me impresionaron tanto como lo hizo la historia de Herodes el Grande y Cleopatra o, mejor dicho, la singular disputa que el rey Herodes el Grande tuvo con Cleopatra a causa de Jericó.

Mis conocimientos de la reina egipcia eran básicos y desde luego muy influidos por Hollywood. Era sabida su inteligencia y su reinado, ejercido desde Alejandría sobre unos vastos territorios como última reina de la dinastía de los Ptolomeos.

Las películas de Hollywood me añadieron su especialísima relación con Marco Antonio y, aunque Elisabeth Taylor hizo un trabajo estupendo, no lograba intuir los motivos verdaderos y esenciales por los cuales la reina, según Hanoch, se encaprichó y de tal manera con Jericó. La explicación vino de inmediato.

Para empezar, el betún del Mar Muerto utilizado como material de protección para los barcos

era motivo económico y poderoso. Para continuar, Cleopatra, tan amante del lujo y la buena vida, no podía renunciar al vino que se extraía de los dátiles locales. Pero el verdadero y ulterior motivo no fue otro que *los perfumes* que se extraían de ciertas especies que solo se cultivaban en esa zona.

Ya esto me cuadraba más con mi imagen de Cleopatra (o quizás Elisabeth Taylor) que otra cosa. El imaginar a dos personajes, tan dispares pero tan similares en sus crueldades como Herodes y Cleopatra, discutiendo por un trozo de terreno me pareció en aquel momento digno de una maravillosa telenovela aunque el final de la misma fuese tan solo un contrato de arrendamiento de 200 talentos mensuales en favor de Herodes por un lado, y Cleopatra agregando el perfume de Jericó a su arsenal de guerra por el otro...

Pasarían muchos años después, en los que agregué a mis conocimientos múltiples historias sobre Jericó, incluyendo al pequeño Zaqueo a quien Jesús se encontró subido a una higuera y después estuvo invitado en su casa (Lucas 19:1-7), así como la cura del ciego Bartimeo y de su compañero (Marcos 10:46), pero debo seguir admitiendo que por mucho tiempo y a lo largo de muchos grupos guiados nunca olvidé el episodio de Elizabeth Taylor (o quizás Cleopatra).

Hasta la próxima.

Autor: Walter Wasercier (walterw@elal.co.il)

